

# Antología poética del Siglo de Oro

## Textos de Garcilaso de la Vega

### Soneto XXIII

En tanto que de rosa y de azucena  
se muestra la color en vuestro gesto,  
y que vuestro mirar ardiente, honesto,  
con clara luz la tempestad serena;

y en tanto que el cabello, que en la vena  
del oro se escogió, con vuelo presto  
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,  
el viento mueve, esparce y desordena:

coged de vuestra alegre primavera  
el dulce fruto antes que el tiempo airado  
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,  
todo lo mudará la edad ligera  
por no hacer mudanza en su costumbre.

### Soneto V

Escrito está en mi alma vuestro gesto,  
y cuanto yo escribir de vos deseo;  
vos sola lo escribiste, yo lo leo  
tan solo, que aun de vos me guardo de esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto,  
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,  
de tanto bien lo que no entiendo creo,  
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;  
mi alma os ha cortado a su medida:  
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;  
por vos nací, por vos tengo la vida,  
por vos he de morir y por vos muero.

### Soneto X

¡Oh dulces prendas, por mí mal halladas,  
dulces y alegres cuando Dios quería,  
Juntas estáis en la memoria mía,  
y con ella en mi muerte conjuradas!

¿Quién me dijera, cuando las pasadas  
horas que en tanto bien por vos me vía,  
que me habiáis de ser en algún día  
con tan grave dolor representadas?

Pues en una hora junto me llevastes  
todo el bien que por términos me distes,  
lleváme junto el mal que me dejastes;

si no, sospecharé que me pusistes  
en tantos bienes, porque deseastes  
verme morir entre memorias tristes.

### Canción V

Si de mi baja lira  
tanto pudiese el son, que en un momento  
aplacase la ira  
del animoso viento  
y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas  
con el suave canto enterneciese  
las fieras alimañas,  
los árboles moviese,  
y al son confusamente los trajese;

no pienses que cantado  
sería de mí, hermosa flor de Gnido,  
el fiero Marte airado,  
a muerte convertido,  
de polvo y sangre, y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes  
en las sublimes ruedas colocados,  
por quien los alemanes  
el fiero cuello atados,  
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella  
fuerza de tu beldad sería cantada,  
y alguna vez con ella  
también sería notada  
el aspereza de que estás armada;

y cómo por ti sola,  
y por tu gran valor y hermosura,  
convertido en viola,  
llora su desventura  
el miserable amante en tu figura.

Hablo de aquel cautivo,  
de quien tener se debe más cuidado,  
que está muriendo vivo,  
al remo condenado,  
en la concha de Venus amarrado.  
Por ti, como solía,  
del áspero caballo no corrige  
la furia y gallardía  
ni con freno le rige,  
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano,  
no revuelve la espada presurosa,  
y en el dudoso llano  
huye la polvorosa  
palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,  
en lugar de la cítara sonante,  
tristes querellas usa,  
que con llanto abundante  
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo  
le es importuno, grave y enojoso;  
yo puedo ser testigo  
que ya del peligroso  
nafragio fui su puerto y su reposo.

Y agora en tal manera  
vence el dolor a la razón perdida,  
que ponzoñosa fiera  
nunca fue aborrecida  
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada  
ni producida de la dura tierra;  
no debe ser notada  
que ingratamente yerra  
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa  
el caso de Anaxárate, y cobarde,  
que de ser desdeñosa  
se arrepintió muy tarde;  
y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando  
del mal ajeno el pecho empedernido,  
cuando abajo mirando  
el cuerpo muerto vido  
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado  
con que desenlazó de la cadena  
el corazón cuitado,  
que con su breve pena  
compró la plena punición ajena.

Sintió allí convertirse  
en piedad amorosa el aspereza.  
¡Oh tardo arrepentirse!  
¡Oh última ternera!  
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron  
en el tendido cuerpo que allí vieron;  
los huesos se tornaron  
más duros y crecieron,  
y en sí toda la carne convirtieron;

las entrañas heladas  
tornaron poco a poco en piedra dura;  
por las venas cuitadas  
la sangre su figura  
iba desconociendo y su natura;

hasta que finalmente  
en duro mármol vuelta y transformada,  
hizo de sí la gente  
no tan maravillada  
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,  
de Némesis airada las saetas  
probar, por Dios, agora;  
baste que tus perfetas  
obras y hermosura a los poetas

den inmortal materia,  
sin que también en verso lamentable  
celebren la miseria  
de algún caso notable  
que por ti pase triste y miserable.

## Textos de Fray Luis de León

### Oda I – Vida retirada

¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido;

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio Moro, en jaspe sustentado!

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento  
si soy del vano dedo señalado;  
si, en busca deste viento,  
ando desalentado  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,!  
¡Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aquests mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre quiero;  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves  
con su cantar sabroso no aprendido;  
no los cuidados graves  
de que es siempre seguido  
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo  
y con diversas flores va esparciendo.

El aire del huerto orea  
y ofrece mil olores al sentido;  
los árboles menea  
con un manso ruido  
que del oro y del cetro pone olvido.

Téngase su tesoro  
los que de un falso leño se confían;  
no es mío ver el lloro  
de los que desconfían  
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
cruje, y en ciega noche el claro día  
se torna, al cielo suena  
confusa vocería,  
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla  
mesa de amable paz bien abastada  
me basta, y la vajilla,  
de fino oro labrada  
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrazando  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,  
de hiedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce, acordado,  
del plectro sabiamente meneado.

## Oda XI – Al licenciado Juan de Grial

Recoge ya en el seno  
el campo su hermosura, el cielo aoja  
con luz triste el ameno  
verdor, y hoja a hoja  
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso  
al resplandor egeo; ya del día  
las horas corta escaso;  
ya Éolo al mediodía,  
soplando espesas nubes nos envía;

ya el ave vengadora  
del Íbico navega los nublados  
y con voz ronca llora,  
y, el yugo al cuello atados,  
los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida  
a los estudios nobles, y la fama,  
Grial, a la subida  
del sacro monte llama,  
do no podrá subir la postrer llama;

alarga el bien guiado  
paso y la cuesta vence y solo gana  
la cumbre del collado  
y, do más pura mana  
la fuente, satisfaz tu ardiente gana;

no cures si el perdido  
error admira el oro y va sediento  
en pos de un bien fingido,  
que no ansí vuela el viento,  
cuanto es fugaz y vano aquel contento;

escribe lo que Febo  
te dicta favorable, que lo antiguo  
igual a y pasa el nuevo  
estilo; y, caro amigo,  
no esperes que podré atener contigo,

que yo, de un torbellino  
traidor acometido y derrocado  
del medio del camino  
al hondo, el plectro amado  
y del vuelo las alas he quebrado.

## Oda XIII – De la vida del cielo

Alma región luciente,  
prado de bienandanza, que ni al hielo  
ni con el rayo ardiente  
fallece; fértil suelo,  
produtor eterno de consuelo:

de púrpura y de nieve  
florida, la cabeza coronado,  
y dulces pastos mueve,  
sin honda ni cayado,  
el Buen Pastor en ti su hato amado.

Él va, y en pos dichosas  
le siguen sus ovejas, do las paze  
con inmortales rosas,  
con flor que siempre nace  
y cuanto más se goza más renace.

Y dentro a la montaña  
del alto bien las guía; ya en la vena  
del gozo fiel las baña,  
y les da mesa llena,  
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera, cuando  
la cumbre toca, altísimo subido,  
el sol, él sesteando,  
de su hato ceñido,  
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,  
y el inmortal dulzor al alma pasa,  
con que envilece el oro,  
y ardiendo se traspasa  
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh, son! ¡Oh, voz! Siquiera  
pequeña parte alguna decendiese  
en mi sentido, y fuera  
de sí la alma pusiese  
y toda en ti, ¡oh, Amor!, la convirtiese,

conocería dónde  
sesteas, dulce Esposo, y, desatada  
de esta prisión adonde  
padece, a tu manada  
viviera junta, sin vagar errada.

## Textos de San Juan de la Cruz

En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada  
¡oh dichosa ventura!  
salí sin ser notada  
estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura  
por la secreta escala, disfrazada,  
¡oh dichosa ventura!  
a oscuras y en celada  
estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa  
en secreto que nadie me veía,  
ni yo miraba cosa  
sin otra luz y guía  
sino la que en el corazón ardía.

Aquesta me guiaba  
más cierto que la luz de mediodía  
adonde me esperaba  
quien yo bien me sabía  
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche, que guíaste!  
¡Oh noche amable más que la alborada!  
¡oh noche que juntaste  
amado con amada,  
amada en el amado transformada!

En mi pecho florido,  
que entero para él solo se guardaba  
allí quedó dormido  
y yo le regalaba  
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena  
quando yo sus cabellos esparcía  
con su mano serena  
en mi cuello hería  
y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme  
el rostro recliné sobre el amado;  
cesó todo, y dexéme  
dexando mi cuidado  
entre las açucenas olvidado.

### Llama de amor viva

¡Oh llama de amor viva,  
que tiernamente hyeres  
de mi alma en el más profundo centro!  
pues ya no eres esquiva,  
acava ya, si quieres;  
rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
que a vida eterna save  
y toda deuda paga!,  
matando muerte en vida la as trocado.

¡Oh lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores  
las profundas cabernas del sentido  
que estava obscuro y ciego  
con estraños primores  
calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras  
y en tu aspirar sabroso  
de bien y gloria lleno  
Cuán delicadamente me enamoras!

### Otras del mismo a lo divino.

Tras de un amoroso lance  
y no de esperanza falto  
volé tan alto tan alto  
que le di a la caça alcance.

#### I

Para que yo alcance diesse  
a aqueste lance divino  
tanto bolar me convino  
que de vista me perudiesse  
y con todo en este trance  
en el buelo quedé falto  
mas el amor fue tan alto  
que le di a la caça alcance.

#### II

Quanto más alto suví  
deslumbróseme la vista  
y la más fuerte conquista  
en escuro se hazía  
mas, por ser de amor el lance  
di un ciego y oscuro salto  
y fuy tan alto tan alto  
que le di a la caça alcance.

#### III

Cuanto más alto llegava  
de este lance tan subido  
tanto más baxo y rendido  
y abatido me hallava  
dixe: No abrá quien alcance.  
Abatíme tanto tanto  
que fuy tan alto tan alto  
que le di a la caça alcance.

#### IV

Por una estraña manera  
mil buelos pasé de un buelo  
porque esperança de cielo  
tanto alcança quanto espera

esperé solo este lance  
y en esperar no fuy faltó  
pues fuy tan alto tan alto,  
que le di a la caça alcance.

## Textos de Luis de Góngora

#### I

La más bella niña  
De nuestro lugar,  
Hoy viuda y sola  
Y ayer por casar,  
Viendo que sus ojos  
A la guerra van,  
A su madre dice,  
Que escucha su mal:

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
En tan tierna edad  
Tan corto el placer,  
Tan largo el pesar,  
Y me cautivastes  
De quien hoy se va  
Y lleva las llaves  
De mi libertad,

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

En llorar conviertan  
Mis ojos, de hoy más,  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar,  
Pues que no se pueden  
Mejor ocupar,  
Yéndose a la guerra  
Quien era mi paz,

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

No me pongáis freno  
Ni queráis culpar,  
Que lo uno es justo,  
Lo otro por demás.  
Si me queréis bien,  
No me hagáis mal;  
Harto peor fuera  
Morir y callar,

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

Dulce madre mía,  
¿Quién no llorará,  
Aunque tenga el pecho  
Como un pedernal,  
Y no dará voces  
Viendo marchitar  
Los más verdes años  
De mi mocedad?

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

Váyanse las noches,  
Pues ido se han  
Los ojos que hacían  
Los míos velar;  
Váyanse, y no vean  
Tanta soledad,  
Después que en mi lecho  
Sobra la mitad.

*Dejadme llorar  
Orillas del mar.*

#### II

*Ándeme yo caliente  
Y ríase la gente.*  
Traten otros del gobierno  
Del mundo y sus monarquías,  
Mientras gobiernan mis días  
Mantequillas y pan tierno,  
Y las mañanas de invierno  
Naranjada y aguardiente,  
*Y ríase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
El príncipe mil cuidados,  
Cómo píldoras dorados;  
Que yo en mi pobre mesilla  
Quiero más una morcilla  
Que en el asador reviente,  
*Y ríase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
De blanca nieve el enero,  
Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas,  
Y quien las dulces patrañas  
Del Rey que rabió me cuente,  
*Y ríase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles;  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando a Filomena  
Sobre el chopo de la fuente,  
*Y ríase la gente.*

Pase a media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver a su Dama;  
Que yo más quiero pasar  
Del golfo de mi lagar  
La blanca o roja corriente,  
*Y ríase la gente.*

Pues Amor es tan cruel,  
Que de Píramo y su amada  
Hace tálamo una espada,  
Do se junten ella y él,  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente,  
*Y ríase la gente*

### III

Amarrado al duro banco  
De una galera turquesca,  
Ambas manos en el remo  
Y ambos ojos en la tierra,

Un forzado de Dragut  
En la playa de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadena:

«¡Oh sagrado mar de España,  
Famosa playa serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!,

»Pues eres tú el mismo mar  
Que con tus crecientes besas  
Las murallas de mi patria,  
Coronadas y soberbias,

»Tráeme nuevas de mi esposa,  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros  
Que me dice por sus letras;

»Porque si es verdad que llora  
Mi captiverio en tu arena,  
Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas.

»Dame ya, sagrado mar,  
A mis demandas respuesta,  
Que bien puedes, si es verdad  
Que las aguas tienen lengua,

»Pero, pues no me respondes,  
Sin duda alguna que es muerta,  
Aunque no lo debe ser,  
Pues que vivo yo en su ausencia.

»¡Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado  
A nadie matarán penas!»

En esto se descubrieron  
De la Religión seis velas,  
Y el cómitre mandó usar  
Al forzado de su fuerza.

### Soledad primera (Parte I)

Era del año la estación florida  
En que el mentido robador de Europa  
—Media luna las armas de su frente,  
Y el Sol todo los rayos de su pelo—,  
Luciente honor del cielo,  
En campos de zafiro paze estrellas,  
Cuando el que ministrar podía la copa  
A Júpiter mejor que el garzón de Ida,  
—Náufrago y desdeñado, sobre ausente—,  
Lagrimosas de amor dulces querellas  
Da al mar; que condolido,  
Fue a las ondas, fue al viento  
El mísero gemido,  
Segundo de Arión dulce instrumento.

Del siempre en la montaña opuesto pino  
Al enemigo Noto  
Piadoso miembro roto  
—Breve tabla— delfín no fue pequeño  
Al inconsiderado peregrino  
Que a una Libia de ondas su camino  
Fió, y su vida a un leño.  
Del Océano, pues, antes sorbido,  
Y luego vomitado  
No lejos de un escollo coronado  
De secos juncos, de calientes plumas  
—Alga todo y espumas—  
Halló hospitalidad donde halló nido  
De Júpiter el ave.

Besa la arena, y de la rota nave  
Aquella parte poca  
Que le expuso en la playa dio a la roca;  
Que aun se dejan las peñas  
Lisonjear de agradecidas señas.

Desnudo el joven, cuanto ya el vestido  
Océano ha bebido  
Restituir le hace a las arenas;  
Y al Sol le extiende luego,  
Que, lamiéndole apenas  
Su dulce lengua de templado fuego,  
Lento lo embiste, y con suave estilo  
La menor onda chupa al menor hilo.

No bien, pues, de su luz los horizontes  
—Que hacían desigual, confusamente,  
Montes de agua y piélagos de montes—  
Desdorados los siente,  
Cuando —entregado el mísero extranjero  
En lo que ya del mar redimió fiero—  
Entre espinas crepúsculos pisando,  
Riscos que aun igualara mal, volando,  
Veloz, intrépida ala,  
—Menos cansado que confuso— escala.

Vencida al fin la cumbre  
—Del mar siempre sonante,  
De la muda campaña  
Árbitro igual e inexpugnable muro—,  
Con pie ya más seguro  
Declina al vacilante

Breve esplendor de mal distinta lumbre:  
Farol de una cabaña  
Que sobre el ferro está, en aquel incierto  
Golfo de sombras anunciando el puerto.

### **De una dama que, quitándose una sortija, se picó con un alfiler**

Prisión del nácar era articulado  
De mi firmeza un émulo luciente,  
Un diámante, ingeniosamente  
En oro también él aprisionado.

Clori, pues, que a su dedo apremiado  
De metal aun precioso no consiente,  
Gallarda un día, sobre impaciente,  
Lo redimió del vínculo dorado.

Mas ay, que insidioso latón breve  
En los cristales de su bella mano  
Sacrílego divina sangre bebe:

Púrpura ilustró menos indiano  
Marfil; invidiosa sobre nieve,  
Claveles deshojó la Aurora en vano.

## **Textos de Lope de Vega**

«—Mira, Zaide, que te digo  
que no pases por mi calle,  
no hables con mis mujeres,  
ni con mis cautivos trates,

no preguntes en qué entiendo  
ni quien viene a visitarme,  
qué fiestas me dan contento  
ni qué colores me aplacen;

basta que son por tu causa  
las que en el rostro me salen,  
corrida de haber mirado  
moro que tan poco sabe.

Confieso que eres valiente,  
que hiendes, rajas y partes,  
y que has muerto más cristianos  
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo ginete,  
que danzas, cantas y tañes,  
gentilhombre, bien criado  
cuanto puede imaginarse;

blanco, rubio por extremo,  
señalado entre linajes,  
el gallo de los bravatos,  
la nata de los donaires;

que pierdo mucho en perderte  
y gano mucho en ganarte,  
y que si nacieras mudo  
fuera posible adorarte;

mas por ese inconveniente  
determino de dejarte,  
que eres pródigo de lengua  
y amargan tus liviandades;

habrá menester ponerte  
la que quisiere llevarte  
un alcázar en los pechos  
y en los labios un alcaide.

Mucho pueden con las damas  
los galanes de tus partes,  
porque los quieren briosos,  
que hiendan y que desgarran;



mas con esto, Zaide amigo,  
si algún banquete les hacen  
del plato de sus favores  
quieren que coman y callen.

Costoso me fue el que heciste;  
que dichoso fueras, Zaide,  
si conservarme supieras  
como supiste obligarme.

Mas no bien saliste apenas  
de los jardines de Atarfe,  
cuando heciste de la mía  
y de tu desdicha alarde.

A un morillo mal nacido  
he sabido que enseñaste  
la trenza de mis cabellos  
que te puse en el turbante.

No quiero que me la vuelvas,  
ni que tampoco la guardes,  
mas quiero que entiendas, moro,  
que en mi desgracia la traes.

También me certificaron  
cómo le desafiaste  
por las verdades que dijo,  
que nunca fueran verdades.

De mala gana me río;  
¡qué donoso disparate!  
no guardaste tu secreto  
¿y quieres que otro lo guarde?

No puedo admitir disculpa,  
otra vez torno [a] avisarte  
que ésta será la postrera  
que te hable y que me hables—».

Dijo la discreta Zaida  
al gallardo Abencerraje,  
y al despedirse replica  
«Quien tal hace, que tal pague».

### Soneto

Suelta mi manso, mayoral extraño,  
pues otro tienes de tu igual decoro,  
deja la prenda que en el alma adoro,  
perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,  
y no le engañen tus collares de oro,  
toma en albricias este blanco toro,  
que a las primeras hierbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino  
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene  
como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,  
suelta, y verásle si a mi choza viene,  
que aun tienen sal las manos de su dueño.

### Soneto

Ir y quedarse, y con quedar partirse,  
partir sin alma, y ir con alma ajena,  
oír la dulce voz de una sirena  
y no poder del árbol desasirse;

arder como la vela y consumirse,  
haciendo torres sobre tierna arena;  
caer de un cielo, y ser demonio en pena,  
y de serlo jamás arrepentirse;

hablar entre las mudas soledades,  
pedir prestada sobre fe paciencia,  
y lo que es temporal llamar eterno;

creer sospechas y negar verdades,  
es lo que llaman en el mundo ausencia,  
fuego en el alma, y en la vida infierno.

### Soneto

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta cubierto de rocío  
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,  
si de mi ingratitud el hielo frío  
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el Ángel me decía:  
«Alma, asómate agora a la ventana,  
verás con cuánto amor llamar porfía»!

¡Y cuántas, hermosura[s] soberana,  
«Mañana le abriremos», respondía,  
para lo mismo responder mañana!

## Soneto

Un soneto me manda hacer Violante  
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;  
catorce versos dicen que es soneto;  
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,  
y estoy a la mitad de otro cuarteto;  
mas si me veo en el primer terceto,  
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,  
y parece que entré con pie derecho,  
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho  
que voy los trece versos acabando;  
contad si son catorce, y está hecho.

## Textos de Francisco de Quevedo

### A un hombre de gran nariz

Érase un hombre a una nariz pegado,  
Érase una nariz superlativa,  
Érase una alquitara medio viva,  
Érase un peje espada mal barbado;

Era un reloj de sol mal encarado.  
Érase un elefante boca arriba,  
Érase una nariz sayón y escriba,  
Un Ovidio Nasón mal narigado.

Érase el espolón de una galera,  
Érase una pirámide de Egipto,  
Los doce tribus de narices era;

Érase un naricísimo infinito,  
Frisón archinariz, caratulera,  
Sabañón garrafal morado y frito.

### Significase la propia brevedad de la vida, sin pensar, y con padecer, salteada de la muerte

Fue sueño Ayer; Mañana será tierra:  
Poco antes nada, y poco después humo,  
¡Y destino ambiciones, y presumo  
Apenas punto al cerco que me cierra!

Breve combate de importuna guerra,  
En mi defensa soy peligro sumo:  
Y mientras con mis armas me consumo,  
Menos me hospeda el cuerpo, que me entierra.

Ya no es Ayer; Mañana no ha llegado;  
Hoy pasa, y es, y fue, con movimiento  
Que a la muerte me lleva despeñado.

Azadas son la hora y el momento,  
Que a jornal de mi pena y mi cuidado,  
Cavan en mi vivir mi monumento.

### Poderoso caballero es don dinero

Madre, yo al oro me humillo,  
Él es mi amante y mi amado,  
Pues de puro enamorado  
Anda continuo amarillo.  
Que pues doblón o sencillo  
Hace todo cuanto quiero,  
*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

Nace en las Indias honrado,  
Donde el mundo le acompaña;  
Viene a morir en España,  
Y es en Génova enterrado.  
Y pues quien le trae al lado  
Es hermoso, aunque sea fiero,  
*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

Son sus padres principales,  
Y es de nobles descendiente,  
Porque en las venas de Oriente  
Todas las sangres son Reales.  
Y pues es quien hace iguales  
Al rico y al pordiosero,  
*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

¿A quién no le maravilla  
Ver en su gloria, sin tasa,  
Que es lo más ruin de su casa  
Doña Blanca de Castilla?  
Mas pues que su fuerza humilla  
Al cobarde y al guerrero,  
*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

Es tanta su majestad,  
Aunque son sus duelos hartos,  
Que aun con estar hecho cuartos  
No pierde su calidad.  
Pero pues da autoridad

Al gañán y al jornalero,

*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

Más valen en cualquier tierra  
(Mirad si es harto sagaz)  
Sus escudos en la paz  
Que rodela en la guerra.  
Pues al natural destierra  
Y hace propio al forastero,  
*Poderoso caballero  
Es don Dinero.*

### **Mujer puntiaguda con enaguas**

Si eres campana ¿dónde está el badajo?  
Si Pirámide andante vete a Egipto,  
Si Peonza al revés trae sobrescrito,  
Si Pan de azúcar en Motril te encajo.

Si Capitel ¿qué haces acá abajo?  
Si de disciplinante mal contrito  
Eres el cucurucho y el delito,  
Llámente los Cipreses arrendajo.

Si eres punzón, ¿por qué el estuche dejas?  
Si cubilete saca el testimonio,  
Si eres corozca encájate en las viejas.

Si büida visión de San Antonio,  
Llámate Doña Embudo con guedejas,  
Si mujer da esas faldas al demonio.

### **Enseña cómo todas las cosas avisan de la muerte**

Miré los muros de la Patria mía,  
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
De la carrera de la edad cansados,  
Por quien caduca ya su valentía.

Salíme al Campo, vi que el Sol bebía  
Los arroyos del hielo desatados,  
Y del Monte quejosos los ganados,  
Que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi Casa; vi que, amancillada,  
De anciana habitación era despojos;  
Mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,  
Y no hallé cosa en que poner los ojos  
Que no fuese recuerdo de la muerte.